

DECISIÓN.

Llena de temor y dolor caminaba la joven por una calle opaca ya muy lejos de su casa. Cansada ya de caminar, busco un lugar donde dormir y se sentó en un andén de cemento y recostó su cabeza contra un muro de jardinera. Aunque adolorida, el frio hacia más mella y sin tener mucha ropa encima metió sus manos dentro de la blusa que llevaba. Se acomodó y trato de descansar pero sus pensamientos sacaron a flote su dolor interno comenzó a llorar desconsoladamente, descargando su impotencia y frustración por tener que dejar su hogar obligada por circunstancias indeseables. Pero no tuvo otra alternativa. Su padrastro volvió a llegar ebrio a casa, trayendo consigo la violencia, la destrucción y el dolor a casa. De entrada arremetió contra la madre, golpeándole bruscamente, pero Wanda no soporto más y quiso intervenir, lo amenazó con un palo de escoba, y el hombre la retaba a que lo golpeará. Ella le gritaba que se fuera, que no lo querían más en esa casa. Él se lanzó a atacarla, y cuando fue el momento de protegerse, su madre agarro el palo y no le dejo evitar la embestida de aquel borracho. Aturdida, en el piso miro el escenario donde yacía, sorprendida por la actitud de la madre, le hizo reclamo, a lo que ella le respondió que como se le ocurría golpear a su papá. Llena de asombro, le grito que ese hombre no era su padre, que no era nada para ella. El hombre se abalanzo de nuevo sobre Wanda y le propino varios golpes la madre confundida trato de separarlos, pero recibió también su golpiza. Wanda embotada, como pudo se levantó y salió por la puerta, y camino sin rumbo por varias horas hasta llegar a aquel andén donde intentaba hallar reposo. No supo que pasaría con su madre, pero ella ya no podía soportar que aquel hombre la maltratara y ella decidiera defenderlo. Su frustración hacia la vida era total. No había nada en su vida que valiera la pena. No quería a su madre, no quería a su casa. Solo estaba Jamal, su hermano pequeño,

que también desde la cuna sufría los desmanes de su padre con su madre. Wanda se sentía abatida, sin saber qué hacer, sin saber a dónde ir, sin saber quién o qué era ella, lloro amargamente hasta que presa del cansancio, se durmió en el andén.

Una voz suave la trajo de su sueño. Al despertar, el sol ya resplandecía en el firmamento, y se encontró con el rostro de una mujer a su lado. Wanda se sobresaltó, pero esta le saludo amablemente, a la vez que le ofrecía un vaso con algo caliente y pan. Wanda, en principio no quería recibir, pero el hambre ya hacia menoscabo, por lo que no espero a que le rogaran. Mientras comía, la mujer se presentó. Era la hermana Dulce, de una comunidad de monjas, que se ubicaba cerca de allí. La niña solo observaba a la mujer, con sus grandes ojos negros. Al momento en que la monja pregunto por su padre o su madre, Wanda alego que no los conocía. La monja guardo silencio por un momento, y después de ofrecerle algo más de bebida caliente y pan, le pregunto qué le había pasado. Wanda no había tenido la oportunidad de verse a un espejo. Tenía marcas de golpes en la cara y en un brazo, y moretones diversos. Al interrogante de la religiosa, Wanda solo le respondió que había tenido una pelea. La monja se retiró un momento de su lado y volvió acompañada de otra religiosa más joven, quien saludo a Wanda, y amablemente le pidió que la siguiera hasta su residencia para curarla. Al ver la insistencia y sin saber a dónde ir, Wanda asintió con la cabeza a la petición de las hermanas. Cuando quiso incorporarse sintió que todo le dolía, y le consto trabajo aun ayudada por sus acompañantes ponerse en pie. Su caminar se hacía con dificultad y lento, cada paso le recordaba la trifulca de la noche anterior. Demoraron en llegar al hogar de las monjas, pero una vez adentro, Wanda sintió cierto alivio. La hermana más joven le acerco un espejo, y el reflejo que vio la golpeo de bruces contra la realidad. Su rostro estaba seriamente lastimado, comenzó entonces a revisar sus brazos y los moretones pululaban en ellos. Se sintió tan humillada, tan despreciada, porque su madre seguía aun

con ese canalla. Esto no puede ser, se repetía así misma en voz baja. La religiosa escucho a Wanda, la abrazo y con ternura le decía, claro que no, muñeca, claro que no. Wanda se desmorono emocionalmente en los brazos de la monja y lloro por un largo tiempo, con suspiros profundos. Mientras la consolaba, la joven religiosa, comenzó a preguntarle acerca de quien le había hecho eso, y la joven solo movía la cabeza en señal de negación. La pregunta continuo haciéndose con la misma dulzura, pero cada vez más firme, y la joven seguía callando. Decidida a una respuesta, la monja le soltó y en tono fuerte le amonesto con firmeza de que su silencio la hacía cómplice de su golpiza. Acaso, ¿le agradaba lo que le hacían?, le recrimino. Wanda se llevó sus manos al rostro pensando en su madre. En como lo protegió y evito que ella se defendiera, y comprendió entonces que no podía callar, que debía sacar a la luz el dolor que ese imbécil estaba trayendo a su vida, pensó en Jamal su hermano, que sería de él si recibía una golpiza, o probablemente crecería en ese ambiente y se tornaría igual que aquel patán. Wanda entendió que en sus manos estaba ponerle fin a esa situación. Y a diferencia de su madre no sería ni alcahuete ni cobarde. Respiro profundamente soltando un suspiro y mirando con sentimiento de ayuda a la religiosa, le dijo: fue mi padrastro.